

# Paulo Coelho



**El Camino Del Arco**

Paulo  
Coelho

*El Camino Del Arco*

2008

Página Web de Paulo Coelho  
[www.paulocoelho.com](http://www.paulocoelho.com)  
Blog de Paulo Coelho  
[www.paulocoelhoblog.com](http://www.paulocoelhoblog.com)

Copyright © Paulo Coelho 2005

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

ISBN 978-0-557-01195-7

Impreso por Lulu.com

*Una oración sin objetivo es como una flecha sin arco.*

*Un objetivo sin oración es como un arco sin flecha.*

*Ella Wheeler Wilcox*



-Tetsuya.

El chico miró asustado al extranjero.

-Nadie en esta ciudad ha visto jamás a Tetsuya con un arco en las manos -respondió-. Todos sabemos que trabaja en carpintería.

-Puede que haya desistido, que se haya acobardado; no me importa -insistió el extranjero-. Pero no puede ser considerado el mejor arquero del país si ha abandonado su arte. Por eso he hecho un viaje de tantos días: para desafiarlo y terminar con una fama que ya no merece.

El chico vio que de nada le serviría seguir discutiendo. Era mejor llevarlo hasta el carpintero para que viera con sus propios ojos que estaba engañado.

Tetsuya estaba trabajando en la oficina situada en los bajos de su casa. Se dio la vuelta para ver quién llegaba, y se le congeló la sonrisa. Sus ojos se quedaron fijos en la bolsa alargada que llevaba consigo el extranjero.

-Es exactamente lo que está pensando -dijo el recién llegado-. No he venido para humillar ni

para provocar al hombre que se convirtió en una leyenda. Tan sólo quiero demostrar que, tras años y años de práctica, he conseguido llegar a la perfección.

Tetsuya respondió que tenía que volver a su trabajo: estaba terminando de colocar las patas de una mesa.

-Un hombre que sirvió de ejemplo a toda una generación, no puede desaparecer como usted desapareció –continuó el extranjero-. He seguido sus enseñanzas, he procurado respetar el camino del arco, y merezco que me vea disparar. Si lo hace, me iré por donde vine y no diré a nadie dónde se encuentra el mayor de todos los maestros.

El extranjero sacó de su bolsa un arco largo, hecho de bambú barnizado, con la empuñadura un poco más abajo del centro. Hizo una reverencia a Tetsuya, caminó hasta el jardín e hizo otra reverencia hacia un lugar determinado. Acto seguido, disparó una flecha ornamentada con plumas de águila, abrió las piernas para tener una base firme para disparar,

con una mano llevó el arco hasta delante de su rostro, y con la otra colocó la flecha. El chico miraba con una mezcla de alegría y miedo. Tetsuya, a su vez, había interrumpido su trabajo y miraba al extranjero con curiosidad.

El hombre llevó el arco –ya con la flecha sobre la cuerda- hasta el centro de su pecho. Lo levantó por encima de la cabeza y, a medida que bajaba las manos, comenzó a abrirlo.

Cuando llegó con la flecha a la altura de su rostro, el arco ya estaba completamente extendido. Por un momento que pareció durar una eternidad, arquero y arco permanecieron inmóviles. El chico miraba hacia el punto donde apuntaba la flecha, pero no veía nada.

De repente, la mano de la cuerda se abrió, el brazo fue empujado hacia atrás, el arco dibujó un elegante giro con la otra mano, y la flecha se perdió de vista para volver a aparecer a lo lejos.

-Ve y cógela –dijo Tetsuya.

El chico volvió con la flecha. Había atravesado una cereza que estaba en el suelo, a cuarenta metros de distancia.



Tetsuya hizo una reverencia al arquero, fue a un rincón de su carpintería, y cogió una especie de madera fina, de delicadas curvas, envuelta en una larga cinta de cuero. Desenrolló la cinta sin ninguna prisa y descubrió un arco semejante al del extranjero, con la diferencia de que parecía haber tenido bastante más uso.

-No tengo flechas, así que necesitaré una de las tuyas. Haré lo que me pides, pero tendrás que mantener la promesa que has hecho: jamás revelarás el nombre de la aldea donde vivo. “Si alguien preguntara por mí, le dirás que fuiste al fin del mundo en mi busca, hasta que descubriste que me había mordido una cobra y había muerto dos días más tarde.”

El extranjero asintió y le tendió una de sus flechas.

Apoyando en la pared uno de los extremos del largo arco de bambú, y haciendo un esfuerzo considerable, Tetsuya colocó la cuerda. A continuación, sin decir nada, salió en dirección a las montañas.

El extranjero y el chico lo acompañaron.

Caminaron durante una hora hasta llegar a una hendidura entre dos rocas, por donde corría un caudaloso río. El lugar sólo se podía cruzar a través de un puente de cuerda medio podrido y a punto de caerse.

Con toda tranquilidad, Tetsuya se plantó en mitad del puente, que se balanceaba peligrosamente, hizo una reverencia a algún lugar del otro lado, armó el arco tal y como lo había hecho el extranjero, lo levantó, lo llevó hasta su pecho y disparó.

El chico y el extranjero vieron que la flecha había atravesado un melocotón maduro, que se encontraba a veinte metros del lugar.

-Tú alcanzaste una cereza, yo alcancé un melocotón –dijo Tetsuya, mientras volvía a la seguridad del margen del río-. La cereza es menor. “Tú alcanzaste tu objetivo a cuarenta metros, y el mío estaba a la mitad de esa distancia. Estás, por lo tanto, en condiciones de repetir lo que he hecho yo. Ven aquí, ponte en mitad del puente, y haz lo mismo.”

Aterrorizado, el extranjero caminó hasta

mitad del puente medio podrido, sin apartar la vista del despeñadero bajo sus pies. Hizo los mismos gestos rituales y disparó en dirección al melocotonero, pero la flecha pasó a mucha distancia.

Al volver al margen, tenía la cara blanca.

-Tienes habilidad, tienes dignidad, y tienes postura –dijo Tetsuya-. Conoces bien la técnica y dominas el instrumento, pero no dominas tu mente. Sabes disparar cuando todas las circunstancias te son favorables, pero cuando estás en un terreno peligroso, no das en el blanco. El arquero, sin embargo, no siempre puede escoger su campo de batalla, de modo que vuelve a comenzar tu entrenamiento y prepárate para situaciones desfavorables. “Continúa en el camino del arco, pues es el recorrido de una vida. Pero aprende que un tiro correcto y certero es muy diferente a un tiro con paz en el alma.”

El extranjero hizo una vez más una larga reverencia, colocó su arco y flechas en la bolsa alargada que cargaba al hombro, y partió.

En el camino de vuelta, el chico estaba exultante.

-¡Lo has humillado, Tetsuya! ¡Cómo se ve que eres el mejor!

-No debemos juzgar a las personas sin antes aprender a oírlas y respetarlas. El extranjero era un hombre bueno: no me humilló, no intentó demostrar que era mejor, aunque diera esa impresión. Quería mostrar su arte y verlo reconocido, pese a que pareciera estar desafiándome. “Además, forma parte del camino del arco enfrentarse de vez en cuando a pruebas inesperadas, y justamente eso fue lo que el extranjero me ha permitido hacer hoy.”

-Él dijo que tú eras el mejor de todos. Yo no sabía que eras un maestro en el tiro con arco. Si es así, ¿por qué trabajas en una carpintería?

-Porque el camino del arco sirve para todo, y mi sueño era trabajar con madera. Además, un arquero que sigue este camino no necesita ni arco, ni flecha, ni blanco.

-Nunca pasa nada interesante en esta aldea, y de repente me doy cuenta de que estoy delante

de un maestro en un arte por el que ya nadie se interesa -dijo el chico, con los ojos encendidos-. ¿Y qué es el camino del arco? ¿Me lo puedes enseñar?

-Enseñar no es difícil. Puedo hacerlo en menos de una hora, en cuanto llegemos de vuelta a la aldea. Lo difícil es practicar todos los días, hasta conseguir la precisión necesaria.

Los ojos del chico parecían implorar una respuesta afirmativa. Tetsuya caminó en silencio durante casi quince minutos. Cuando volvió a hablar, su voz parecía más joven.

-Hoy estoy contento: he honrado al hombre que, hace muchos años, me salvó la vida. Por ello, te daré todas las reglas necesarias, pero no podré hacer nada más que eso. Si entiendes lo que te estoy diciendo, podrás usar estas enseñanzas para lo que desees. “Hace apenas unos minutos, me llamaste maestro. ¿Qué es un maestro? Yo te respondo: no es aquél que enseña algo, sino quien inspira al alumno a dar lo mejor de sí para descubrir un conocimiento que ya tiene en el alma.”

Y en cuanto hubieron bajado de la montaña, Tetsuya le explicó el camino del arco.



# **LOS ALIADOS**



El arquero que no comparte con otros la alegría del arco y de la flecha, jamás conocerá sus propias cualidades y defectos.

Por lo tanto, antes de ponerte a buscar nada, búscate aliados: gente que se interesa por lo que estás haciendo.

No digo: “busca otros arqueros.” Digo: encuentra personas con diferentes habilidades, porque el camino del arco no es diferente de cualquier otro camino que se sigue con entusiasmo.

Tus aliados no serán necesariamente aquellas personas a quienes todos miran, ante quienes se deslumbran y de quienes afirman: “no hay nadie mejor.” Muy al contrario: serán aquéllos que no temen errar, y sin embargo yerran. Por ello, su trabajo no siempre es reconocido. Pero es esa clase de persona la que transforma el mundo, la que, tras muchos errores, consigue acertar en algo que marcará un antes y un después en su comunidad.

Son personas que no pueden quedarse esperando los acontecimientos para después

tomar la mejor decisión: ellos deciden a medida que actúan, aun sabiendo los riesgos que con ello corren.

Convivir con estas personas es importante para un arquero, porque éste necesita entender que, antes de colocarse frente al blanco, debe ser lo bastante libre para cambiar de dirección a medida que lleva la flecha hacia delante de su pecho.

Cuando abre la mano y suelta la cuerda, debe decirse a sí mismo: “mientras abría el arco, recorrí un largo camino. Ahora suelto esta flecha con la conciencia de que he arriesgado lo suficiente y he dado lo mejor de mí.”

Los mejores aliados son aquéllos que no piensan como los demás. Por eso, cuando busques compañeros para compartir con ellos el entusiasmo del tiro, sigue tu intuición y no te dejes llevar por los comentarios ajenos. Las personas siempre juzgan a los demás poniendo como modelo sus propias limitaciones, y a veces la opinión de la comunidad está llena de prejuicios y temores.

Únete a los que experimentan, arriesgan, caen, se hieren y vuelven a arriesgar. Apártate de quienes afirman verdades, critican a quienes no piensan como ellos, jamás dan un paso sin tener la seguridad de que se les respetará por ello, y prefieren tener certezas a tener dudas.

Únete a los que se exponen y no temen ser vulnerables: ellos entienden que las personas sólo podemos mejorar cuando vemos lo que hace el prójimo, no con el fin de juzgarlo sino para admirarlo por su dedicación y coraje.

Tal vez pienses que el tiro con arco no puede interesar a un panadero o a un agricultor, pero yo te digo: ellos ven, aprenden, y ponen lo que aprenden en aquello que están haciendo.

Tú harás lo mismo: aprenderás como el buen panadero a usar las manos y a saber la mezcla exacta de los ingredientes. Aprenderás como el agricultor a tener paciencia, a trabajar duro, a respetar las estaciones, y a no blasfemar contra las tormentas, pues ello sería una pérdida de tiempo.

Únete a los que son flexibles como la

madera de tu arco y entienden las señales del camino. Son personas que no dudan en cambiar de rumbo cuando se topan con un obstáculo insalvable, o cuando vislumbran una oportunidad mejor.

Tales son las cualidades del agua: pasar entre las rocas, adaptarse al curso del río y transformarse a veces en un lago hasta que la depresión está rebosando y puede seguir su curso. Porque el agua no olvida que su destino es el mar, y que tarde o temprano deberá llegar a él.

Únete a los que jamás dijeron: “se acabó, aquí me detengo”. Porque así como al invierno le sigue la primavera, nada termina: después de alcanzar tu objetivo hay que comenzar de nuevo, empleando en todo momento lo que aprendiste en el camino.

Únete a los que cantan, cuentan historias, disfrutan la vida, y tienen alegría en los ojos. Porque la alegría es contagiosa, y siempre consigue evitar que nos dejemos paralizar por la depresión, la soledad y las dificultades.

Únete a los que hacen su trabajo con entusiasmo. Pero para poder serles útil como ellos te son útiles a ti, debes saber cuáles son tus herramientas, y cómo puedes perfeccionar tus habilidades.

Por tanto, ha llegado el momento de conocer tu arco, tu flecha, tu blanco y tu camino.

# EL ARCO

El arco es la vida: dale toda tu energía.

La flecha partirá un día.

El blanco está lejos.

Pero el arco permanecerá siempre contigo, y hay que saber cuidarlo.

Necesita períodos de inactividad: un arco siempre armado, en estado de tensión, pierde su potencia. Por tanto, déjalo que repose y recupere su firmeza. Así, cuando estires la cuerda, estará contento y con su fuerza intacta.

El arco no tiene conciencia: es un prolongamiento de la mano y el deseo del arquero. Sirve para matar o para meditar. Por ello, sé siempre claro en tus intenciones.

Un arco tiene flexibilidad, pero también tiene un límite. Un esfuerzo más allá de su capacidad lo romperá, o dejará exhausta la mano que lo sostiene. Por lo tanto, procura estar en armonía con tu instrumento y no le exijas más de lo que te puede dar.

Un arco o bien reposa o bien se tensa en la mano del arquero. Pero la mano no es sino el lugar donde se concentran todos los músculos

del cuerpo, todas las intenciones del tirador, todo el esfuerzo para el tiro. Por lo tanto, para mantener con elegancia el arco abierto, haz que cada parte dé sólo lo necesario, y no disperses tus energías.

De este modo, podrás disparar muchas flechas sin cansarte.

Para entender tu arco, es preciso que se convierta en parte de tu brazo y sea una extensión de tu pensamiento.





# **LA FLECHA**

La flecha es el intento.

Es lo que une la fuerza del arco con el centro del blanco.

El intento tiene que ser cristalino, recto, bien equilibrado. Una vez haya partido no volverá, por lo que, si los movimientos que llevaron hasta el tiro no fueron precisos y correctos, es mejor interrumpirlo que actuar precipitadamente sólo porque el arco ya estaba tenso y el blanco, esperando.

Pero jamás dejes de soltar la flecha si lo único que te detiene es el miedo a errar. Si has hecho los movimientos correctos, abre la mano y suelta la cuerda. Aunque no des en el blanco, sabrás afinar la puntería la próxima vez.

Si no te arriesgas, nunca sabrás qué cambios eran necesarios.

Cada flecha deja un recuerdo en tu corazón, y es la suma de estos recuerdos lo que te hará disparar cada vez mejor.

# **EL BLANCO**

El blanco es el objetivo a alcanzar.

Fue escogido por el arquero, pero está lejos, y no podemos jamás culparlo si no lo alcanzamos. En eso reside la belleza del camino del arco: nunca puedes disculparte diciendo que el adversario era más fuerte.

Tú escogiste tu blanco y eres responsable de él.

El blanco puede ser mayor o menor, estar a la derecha o a la izquierda, pero tú siempre tienes que colocarte frente a él, respetarlo y hacer que se aproxime mentalmente. Sólo cuando se encuentre en la punta de tu flecha debes soltar la cuerda.

Si ves el blanco como enemigo, podrás quizá acertar el tiro, pero no conseguirás mejorarte en nada a ti mismo. Te pasarás la vida intentando colocar una simple flecha en el centro de una cosa de papel o madera, lo que es absolutamente inútil. Y cuando estés en compañía, te quejarás de que no haces nada interesante.

Por eso, debes escoger tu blanco, dar lo

mejor de ti para alcanzarlo, y mirarlo siempre con respeto y dignidad: sé consciente de lo que significa, y de cuánto esfuerzo, entrenamiento e intuición has necesitado.

Cuando mires al blanco, no te concentres sólo en él, sino en todo lo que sucede a tu alrededor, porque la flecha, al ser disparada, se encontrará con factores con los que tú no cuentas, como el viento, el peso o la distancia.

Tienes que entender el blanco. Debes preguntarte constantemente: “si yo soy el blanco, ¿dónde estoy? ¿Cómo puedo ser alcanzado de modo que dé al arquero la honra que merece?”

Porque un blanco sólo existe en la medida en que existe el arquero. Lo que justifica su existencia es el deseo del arquero de alcanzarlo. Sin él, sería una cosa muerta, un pedazo de papel o madera al que nadie prestaría atención.

Así, de la misma manera que la flecha busca el blanco, el blanco también busca la flecha, porque es ella la que da sentido a su existencia: ya no es un pedazo de papel, sino el centro del

mundo de un arquero.

# **LA POSTURA**



Una vez se ha entendido el arco, la flecha y el blanco, hay que tener serenidad y elegancia para aprender la práctica del tiro.

La serenidad viene del corazón. Aunque muchas veces lo atormenta la inseguridad, el corazón sabe que, a través de una postura correcta, conseguirá dar lo mejor de sí.

La elegancia no es algo superficial, sino la manera que encontró el hombre para honrar la vida y el trabajo. Por eso, cuando a veces sientes que la postura te incomoda, no debes pensar que es falsa o artificial: es verdadera porque es difícil.

Hace que el blanco se sienta honrado por la dignidad del arquero.

La elegancia no consiste en la postura más cómoda, sino en la más adecuada para que el tiro sea perfecto.

La elegancia se logra cuando se descarta todo lo superfluo y el arquero descubre la simplicidad y la concentración: cuanto más simple y sobria sea la postura, más bella será.

La nieve es bonita porque tiene un solo

color, el mar es bonito porque parece una superficie plana. Pero tanto el mar como la nieve son profundos y conocen sus cualidades.



# **CÓMO SUJETAR LA FLECHA**

Sujetar la flecha es estar en contacto con su intención.

Hay que mirarla en toda su longitud, ver si las plumas que guían su vuelo están bien colocadas, verificar la punta y cerciorarse de que está afilada, y comprobar que está recta y no quedó curvada o dañada en un tiro anterior.

La flecha, con su simplicidad y liviandad, puede parecer frágil, pero la fuerza del arquero consigue que pueda llevar consigo la energía de su cuerpo y de su mente.

Cuenta la leyenda que una simple flecha fue capaz de hundir un navío: el hombre que la disparó sabía dónde se hallaba la parte más delgada de la madera, con lo que abrió un agujero que permitió que entrara el agua en la bodega sin hacer ruido y acabó así con la amenaza de invasión que pendía sobre su aldea.

La flecha es la intención que deja la mano del arquero y parte en dirección al blanco. Por lo tanto, es libre en su vuelo, y seguirá el camino que le fue destinado en el momento del tiro.

Será tocada por el viento y por la gravedad,

pero eso es parte de su recorrido: una hoja no deja de ser hoja porque una tormenta la arranque del árbol.

Así es la intención del hombre: perfecta, recta, afilada, firme, certera. Nadie la puede detener cuando cruza el espacio que la separa de su destino.



# **CÓMO SUJETAR EL ARCO**



Ten calma y respira profundamente.

Todos tus movimientos son percibidos por tus aliados, que te ayudarán en lo que sea necesario.

Pero no olvides que también el adversario está observando, y conoce la diferencia entre la mano firme y la mano trémula: por lo tanto, si estás tenso, respira hondo, pues eso te ayudará a concentrarte en todas las etapas del tiro.

En el momento en que sujetas el arco y lo colocas, con elegancia, delante del cuerpo, repasa mentalmente cada etapa que te llevó a preparar el tiro.

Pero hazlo sin tensión, pues es imposible tener todas las reglas en la cabeza. Y con el espíritu tranquilo, a medida que repases cada etapa, te darás cuenta de cuáles fueron los momentos más difíciles, y de cómo los superaste.

Eso te dará confianza, y tu mano dejará de temblar.

# **CÓMO TENSAR LA CUERDA**

El arco es un instrumento de música y es en la cuerda donde se manifiesta su sonido.

La cuerda es grande, pero la flecha la toca sólo en un pequeño punto, y es en este punto donde debe concentrarse toda la sabiduría y experiencia del arquero.

Si este punto se inclina un poco a la derecha, o un poco a la izquierda, si está por encima o por debajo de la línea de tiro, nunca se alcanzará el objetivo.

Por lo tanto, al tensar la cuerda, sé como el músico que toca su instrumento.

En la música, el tiempo es más importante que el espacio: un conjunto de notas colocadas en línea no quiere decir nada, pero quien lee lo que allí está escrito es capaz de transformar esta línea en sonidos y compases.

Así como el arquero justifica la existencia del blanco, la flecha justifica la existencia del arco: puedes lanzar una flecha con la mano, pero un arco sin flecha no tiene ninguna utilidad. Por lo tanto, cuando abras los brazos, no pienses que estás estirando el arco.

Piensa que la flecha es el centro, inmóvil, y tú estás haciendo que arco y cuerda se le aproximen por los extremos hasta tocarla con cuidado y pedirle que cooperen contigo.



# **CÓMO MIRAR EL BLANCO**

Muchos arqueros se quejan de que, a pesar de haber practicado el arte del tiro durante años, aún sienten que el corazón se les dispara de ansiedad, que les tiembla la mano, que les falla la puntería.

Tienen que entender que aunque un arco o una flecha no pueden cambiar nada, el arte del tiro hace que nuestros errores sean más evidentes.

El día que no sientas amor por la vida, tu tiro será confuso, complicado.

Verás que estás sin fuerza suficiente para estirar al máximo la cuerda y que no consigues hacer que el arco se curve como debe.

Esa mañana, cuando veas que tu tiro es confuso, intenta descubrir qué provocó tal imprecisión. Ello hará que tengas que enfrentarte a un problema que te incomoda, pero que hasta entonces estaba oculto.

También sucede lo contrario: tu tiro es seguro, la cuerda suena como un instrumento musical, los pájaros cantan alrededor. Entonces te darás cuenta de que estás dando lo mejor de

ti mismo.

Mientras tanto, no te dejes llevar por los tiros de la mañana, sean éstos precisos o inseguros. Te quedan aún muchos días por delante, y cada flecha es una vida en sí misma.

Aprovecha los malos momentos para descubrir qué te hace temblar.

Aprovecha los buenos momentos para encontrar el camino que ha de llevarte a la paz interior.

Pero que ni temor ni alegría te detengan: el camino del arco es un camino sin fin.





# **EL MOMENTO DE DISPARAR**

Existen dos tipos de tiro.

El primero es aquél que se da con precisión, pero sin alma. En este caso, aunque el arquero tenga un gran dominio de la técnica, se concentra exclusivamente en el blanco, y por eso no ha evolucionado, se ha vuelto repetitivo, no ha conseguido crecer, y un día dejará el camino del arco, pues siente que se ha convertido en una rutina.

El segundo tiro es el que se da con el alma. Cuando la intención del arquero se transforma en el vuelo de la flecha, su mano se abre en el momento justo, el sonido de la cuerda hace que los pájaros canten, y el gesto de disparar a algo en la distancia provoca, paradójicamente, un retorno y un encuentro con uno mismo.

Tú sabes el esfuerzo que costó abrir el arco, respirar hondo, concentrarte en tu objetivo, tener clara tu intención, mantener la elegancia de la postura, respetar el blanco.

Pero también debes comprender que nada en este mundo permanece con nosotros por mucho tiempo: en algún momento tu mano

tendrá que abrirse y dejar que tu intención siga su destino.

Por lo tanto, la flecha tiene que partir, por más amor que sientas por cada paso que te llevó a la postura elegante y a la posición correcta, y por más que admires sus plumas, su punta, su forma.

Pero no podrá partir antes de que el arquero esté listo para el disparo, pues su vuelo sería muy corto. No puede partir después de que haya alcanzado la postura y concentración exactas, porque el cuerpo no resistiría el esfuerzo y la mano comenzaría a temblar.

Tiene que partir en el momento en que el arco, el arquero y el blanco se encuentran en el mismo punto del universo: eso se llama inspiración.



# LA REPETICIÓN

El gesto es la encarnación del verbo. En otras palabras, una acción es un pensamiento que se manifiesta.

Un pequeño gesto nos denuncia, de modo que tenemos que perfeccionar todo, pensar en los detalles, aprender la técnica de tal manera que se vuelva intuitiva. La intuición no tiene nada que ver con la rutina, sino con un estado espiritual más allá de la técnica.

Así, después de mucho practicar, ya no pensamos en todos los movimientos necesarios. Éstos pasan a formar parte de nuestra propia existencia. Pero para eso hay que entrenar y repetir.

Y, si no fuera suficiente, entrenar y repetir.

Observa a un buen herrero trabajando el acero. Para el ojo inexperto, no hace sino repetir los mismos martillazos.

Pero quien conoce el camino del arco, sabe que cada vez que levanta el martillo y lo hace descender, la intensidad del golpe es diferente. La mano repite el mismo gesto, pero conforme se acerca al hierro, sabe que debe tocarlo con

más dureza o con más suavidad.

Así es con la repetición: aunque parezca igual, siempre es distinta.

Observa el molino. Para quien ve sus aspas sólo una vez, parece girar siempre con la misma velocidad, repitiendo el mismo movimiento.

Pero quien conoce los molinos sabe que están condicionados por el viento, y cambian de dirección siempre que hace falta.

La mano del herrero se entrenó repitiendo miles de veces el gesto de martillar. Las aspas del molino son capaces de moverse con velocidad después de que el viento haya soplado mucho y haya hecho que se limpien sus engranajes.

El arquero permite que muchas flechas pasen lejos de su objetivo, porque sabe que sólo aprenderá la importancia del arco, de la postura, de la cuerda y del blanco después de repetir sus gestos miles de veces, sin miedo a errar.

Los verdaderos aliados jamás lo criticarán, porque saben que el entrenamiento es necesario y es la única manera de perfeccionar su instinto



y su tiro.

Hasta que por fin llega el momento en que ya no hace falta pensar en lo que se está haciendo. A partir de ahí, el arquero pasa a ser su arco, su flecha y su blanco.

**CÓMO OBSERVAR  
EL VUELO  
DE LA FLECHA**

Una vez que la flecha ha sido disparada, no queda nada que el arquero pueda hacer, si no es acompañar su recorrido en dirección al blanco. A partir de este momento, la tensión necesaria para el tiro ya no tiene razón de existir.

Por lo tanto, el arquero mantiene los ojos fijos en el vuelo de la flecha, pero su corazón reposa, y él sonríe.

La mano que soltó la cuerda es empujada hacia atrás, la mano del arco hace un movimiento de expansión, el arquero es forzado a abrir los brazos y enfrentarse, a pecho descubierto, a las miradas de sus aliados y de sus adversarios.

En este momento, si entrenó lo suficiente, si consiguió desarrollar su instinto, si mantuvo la elegancia y la concentración durante todo el proceso del tiro, sentirá la presencia del universo y verá que su acción ha sido justa y merecida.

La técnica hace que las dos manos estén listas, que la respiración sea precisa, que los ojos se puedan fijar en el blanco. El instinto hace que

el momento del tiro sea perfecto.

Quien pase cerca y vea al arquero de brazos abiertos, con los ojos acompañando a la flecha, pensará que no está haciendo nada. Pero los aliados saben que la mente de quien realizó el tiro ha cambiado de dimensión, está ahora en contacto con todo el universo: continúa trabajando, aprendiendo todo aquello que el tiro ha traído de positivo, corrigiendo eventuales errores, aceptando sus cualidades, esperando a ver cómo reacciona el blanco al ser alcanzado.

Cuando el arquero tensa la cuerda, puede ver el mundo entero dentro de su arco.

Cuando acompaña el vuelo de la flecha, este mundo se le hace más próximo, lo acaricia, y hace que tenga la sensación perfecta del deber cumplido.

Cada flecha vuela de manera diferente. Tira mil flechas: cada una te mostrará un recorrido distinto. Ése es el camino del arco.



**EL ARQUERO  
SIN ARCO,  
SIN FLECHA,  
SIN BLANCO**

El arquero aprende cuando olvida las reglas del camino del arco y pasa a actuar basándose sólo en su instinto. Pero para olvidar las reglas antes hay que conocerlas y respetarlas.

Cuando alcanza este estado, ya no necesita de los instrumentos que lo ayudaron a aprender. Ya no necesita del arco, ni de las flechas, ni del blanco, porque el camino es más importante que aquello que lo llevó a caminar.

De la misma forma, llega el momento en que el alumno que está aprendiendo a leer se libera de las letras aisladas y pasa a crear palabras con ellas.

Sin embargo, si las palabras estuviesen todas unidas, no tendrían sentido o dificultarían mucho su comprensión: es necesario que existan espacios entre las palabras.

Es necesario que, entre una acción y la siguiente, el arquero recuerde todo lo que hizo, converse con sus aliados, descanse y se sienta alegre por el hecho de estar vivo.

El camino del arco es el camino de la alegría y del entusiasmo, de la perfección y del

error, de la técnica y del instinto.

Pero sólo lo aprenderás a medida que vayas tirando tus flechas.





Cuando Tetsuya terminó de hablar, estaban ya a la puerta de la carpintería.

-Gracias por la compañía –le dijo al chico.

Pero éste no se movió.

-¿Cómo puedo saber si lo hago bien? ¿Cómo estar seguro de que tengo la mirada concentrada, la postura elegante, el arco sujeto de manera correcta?

-Mentaliza la idea de un maestro perfecto que está siempre a tu lado, y haz todo lo posible por reverenciarlo y honrar sus enseñanzas. Ese maestro, a quien muchos llaman Dios, otros llaman “algo”, y otros llaman talento, siempre nos mira. Él no merece sino lo mejor.

“Acuérdate también de tus aliados: debes apoyarlos, pues ellos te ayudarán cuando lo necesites. Procura desarrollar el don de la bondad: este don te permite estar siempre en paz con tu corazón. Pero sobre todo, no olvides esto: lo que te he dicho tal vez sean palabras inspiradas, pero sólo tendrán sentido si las experimentas.”

Tetsuya extendió la mano para despedirse,

pero el chico lo retuvo:

-Sólo una cosa más: ¿cómo aprendiste a disparar?

Tetsuya reflexionó un poco: ¿valía la pena contarlo? Pero como aquél había sido un día especial, terminó abriendo la puerta de su oficina.

-Voy a hacer té. Y voy a contarte la historia. Pero tendrás que prometerme lo mismo que le pedí al extranjero: jamás hables con nadie sobre mi habilidad.

Entró, encendió la luz, volvió a envolver su arco con la larga cinta de cuero y lo puso en un lugar discreto: si por casualidad alguien lo encontrase, pensaría que era un pedazo retorcido de bambú. Fue a la cocina, preparó el té, se sentó con el chico y comenzó su historia.

-Hace un tiempo trabajaba para un gran señor que vivía no lejos de aquí. Era el encargado de cuidar sus establos. Pero como el señor siempre estaba de viaje, yo tenía mucho tiempo libre y decidí dedicarme a lo que consideraba la verdadera razón de vivir: la

bebida y las mujeres.

“Un buen día, después de varias noches en blanco, sentí un vértigo y caí en mitad del campo. Pensé que iba a morir y me rendí. Pero un hombre a quien jamás había visto pasó por el camino, se apiadó de mí, me llevó a su casa –en un lugar muy lejos de aquí- y cuidó de mí durante varios meses. Mientras reposaba, lo veía ir todas las mañanas al campo con su arco y sus flechas.”

“Cuando me hube recuperado, le pedí que me enseñase el arte del arco; era mucho más interesante que cuidar caballos. Pero él me respondió que me había acercado mucho a la muerte, y ahora no podía alejarla: había causado demasiado daño a mi cuerpo físico y ahora la muerte estaba a dos pasos de mí.”

“ Si yo quería aprender, era sólo para que la muerte no me tocara. Un hombre de un país lejano, al otro lado del océano, le había enseñado que era posible desviarse por un tiempo del camino que lleva al precipicio de la muerte. Pero en mi caso, debía ser consciente

por el resto de mis días de que estaba caminando al borde de ese abismo y en cualquier momento podía caer en él.”

“Me enseñó entonces el camino del arco. Me presentó a sus aliados, me obligó a participar en competencias, y enseguida mi fama se extendió por todo el país. Cuando vio que ya había aprendido lo suficiente, me quitó las flechas y el blanco, y sólo me dejó el arco como recuerdo. Me dijo que empleara todas sus enseñanzas en algo que realmente me llenase de entusiasmo.”

“Le dije que lo que más me gustaba era la carpintería. Él me bendijo y me pidió que partiese y me dedicase a lo que me gustaba hacer, antes de que mi fama como arquero terminase por destruirme o me llevase de vuelta a mi vida anterior.”

“ Desde entonces, trabo a cada segundo una lucha contra mis vicios y mi autocompasión.

Tengo que estar concentrado, mantener la calma, hacer con amor el trabajo que escogí, y

jamás tener apego al momento presente. Porque la muerte sigue todavía muy cerca de mí, el abismo está a mi lado y yo camino por el borde.”

Tetsuya no añadió que la muerte está siempre cerca de todos los seres vivos: el chico era todavía muy joven y no tenía por qué pensar en eso. Tetsuya tampoco le dijo que cada etapa del camino del arco estaba presente en cualquier actividad humana.

En cuanto hubo bendecido al chico, de la misma manera que él mismo había sido bendecido muchos años atrás, le pidió al chico que se fuera, porque había sido un día muy largo y tenía que dormir.

# Agradecimientos

A Harrigel , por el libro “El Zen en el arte del tiro con arco”(Ed. Pensamento)

A Pamela Hartigan, directora general de la Schwab Foundation for Social Entrepreneurship, por describir las cualidades de los aliados.

A Dan y Jackie DeProspero, por el libro en colaboración con Hideharu Onuma, “Kyudo”(Budo Editions, France)

A Carlos Castaneda, por la descripción del encuentro entre la muerte y el nagual Elías.

